

la discapacidad en una era actual. En nosotros queda la tarea de seguir profundizando en estos temas, sobre todo ahora que la discapacidad, la otredad, la marginalidad y los discursos en torno a la normalidad vuelven a estar en el ojo del huracán en diversos debates políticos.

Ignacio Corona
(The Ohio State University)

Kim Beachesne (2013): *Visión periférica: Marginalidad y colonialidad en las crónicas de América Latina (siglos XVI-XVII y XX-XXI)*. Madrid: Iberoamericana / Vervuert, 266 páginas.

A más de dos décadas de haberse intensificado como una tendencia crítica en los estudios literarios hispanoamericanos, el llamado giro espacial ha resultado paradigmático. El análisis de la construcción discursiva de la espacialidad y el paisaje, de la simbolización de los imaginarios geográficos o de la misma conceptualización del espacio continúa siendo, por sí solo o en combinación con categorías analíticas como el género sexual, la clase social y la identidad, uno de sus núcleos temáticos más expansivos. Tal vez lo más significativo no es el número de agendas de investigación y bibliografías enfocadas en dicha temática sino los acercamientos, incluso metodológicos, con disciplinas consideradas hasta hace poco totalmente fuera de la órbita de la investigación literaria, digamos por caso los estudios urbanos o la geografía. Lo cual, por otro lado, es indicativo de cómo se están redefiniendo los objetos de estudio en los nuevos ámbitos interdisciplinarios. El que un crítico se interese, por ejemplo, en la diacronía de alguna distribución poblacional o en la aplicabilidad de los sistemas de información posicional en su análisis cultural sorprenderá menos que hasta hace unos años. De ahí que no resulte exagerado afirmar que si tal giro no ha resultado definitorio del campo, sí ha incidido en la cultura académica, en particular bajo los auspicios de los estudios culturales.

Ahora bien, es cierto que muchos análisis literarios no asumen del todo esa interdisciplinariedad y abordan la temática del espacio en relación a pasajes descriptivos, sobre todo para identificar la configuración representacional de *topoi* específicos –la ciudad, la selva, el campo, el desierto, etc. Es decir, tocan solo la punta del iceberg hermenéutico, heurístico e ideológico de la imaginación espacial. Es cierto también que el giro espacial de los estudios literarios no ocurre por un repentino interés teórico colectivo en la reciente tradición filosófica sobre el espacio –al menos de Heidegger o Bachelard a Deleuze–, aunque acudir a ella sea ahora parte integral del mismo. Ni tampoco por el impacto cultural de la propia física como ciencia, tan decisiva para las vanguardias de principios del siglo veinte, aunque las nuevas tecnologías

derivadas de sus últimos desarrollos teóricos, con toda certeza, habrán de dejar huella en los lenguajes artísticos y su crítica.

Más allá de una cuestión representacional, el mencionado giro cobra impulso por una doble problemática epistemológica ante la evidencia material incontestable de ser la ciudad el motor fundamental de la economía y la cultura contemporáneas. A saber, las nuevas dinámicas sociourbanas y su impacto psicosocial, y las lógicas económicas y culturales de la globalización, tanto en su expresión estética y filosófica como en sus manifestaciones espaciales, materiales y simbólicas. De ahí la recurrencia a los modernos estudios urbanos apoyados en la antropología cultural, la geografía y, claro está, la sociología que, de Poulantzas a Lefebvre y Wallerstein, actualiza las dicotomías espaciales heredadas del marxismo (campo-ciudad; centro-periferia; desarrollo-subdesarrollo, etc.) con respecto a un nuevo correlato geopolítico de totalidad: el Sistema-Mundo. No se puede escatimar, tampoco, el debate posmoderno en lo que concierne a su examen de la espacialización del capital y la teorización de errancias, trayectorias, dislocaciones, flujos, migrancias, fronteras, terceros-espacios, indeterminaciones, virtualidades e hipertopografías. Como se puede observar en el campo específico de los estudios hispánicos, los marcos conceptuales posestructuralistas, que tal debate contribuyó a difundir, potencian no solo el análisis de las prácticas espaciales y representacionales más recientes, sino también del pasado, de ahí el gran interés que suscitan, por ejemplo, las cartografías coloniales proto-capitalistas y la representación del espacio pre-hispánico. Por ello, el análisis transhistórico se ha hecho cada vez más recurrente, como bien lo podría ejemplificar *Visión periférica. Marginalidad y colonialidad en las crónicas de América Latina (siglos XVI-XVIII y XX-XXI)*.

Este libro participa del giro espacial de los estudios literarios, pero lo hace desde una óptica poscolonial latinoamericanista. Tres cuartas partes del mismo se ubican en los estudios coloniales al examinar crónicas sobre la exploración y colonización de territorios 'periféricos' escritas por sujetos con muy diferentes funciones al interior de la empresa colonizadora –de exploradores a misioneros–, franceses, españoles y portugueses. El primer capítulo aborda las crónicas de Gaspar de Carvajal, Francisco Vázquez y Cristóbal de Acuña sobre la Amazonía. El segundo, los *Comentarios* (1555) de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, transcritos o reconstruidos por Pedro Hernández, y cuya ambigua autoría se agrega a su complejidad en referencia a la célebre "conquista de paz" del explorador español. El tercer capítulo compara crónicas de los misioneros franceses Claude d'Abbeville e Yves d'Evreux sobre la Francia Equinoccial, la actual región de Pará y Maranhão, con textos portugueses como el de Manuel da Nóbrega y Martim Soares Moreno. El último de sus cuatro capítulos salta al periodo

contemporáneo para ahondar en las estrategias representacionales de 'periferias' actuales, en un momento en que el propio género de la crónica vuelve a adquirir una gran relevancia cultural. Se trata de un libro, pues, articulado por una doble perspectiva comparativa en torno a la representación de espacios marginales, tomando en consideración "cómo y por qué en un determinado momento se desestima una región" (24).

Sin duda, en la exploración y colonización del continente, la crónica fue el primer género discursivo que lidió sistemáticamente con una representación simbólica del espacio. Lo carga de significados a la postre decisivos, siempre dependientes del recurso analógico con el imaginario del Viejo Mundo. Se podría argumentar que junto con la cruz y el acero la crónica fue, en ese sentido, un instrumento de colonización y conquista. A ello alude la autora cuando, en referencia al relato de Carvajal afirma que aquella "asume su función ideológica y reestablece el orden supuestamente amenazado" (47). Una función que es asimismo múltiple pues, como queda de manifiesto en el análisis del corpus, el lector moderno puede encontrar en ella una protoetnografía en la imposibilidad de una narración neutra del encuentro con el Otro; una protohistoria que supera en drama a las crónicas medievales; una protogeografía, antecediendo los modernos relatos de exploración y la literatura de viajes. En su conjunto, estos 'proto-saberes' constituyen el cariz discursivo de la experiencia de primera mano del cronista en su movimiento a través de territorios desconocidos al ojo europeo. Ahora bien, emparentar la crónica colonial con el moderno testimonio, las memorias, la autobiografía y la crónica periodística en el contexto latinoamericano supone un inexorable hilo de continuidad. Si el término de crónica es el mismo, ¿lo es su significado? Es decir, ¿lo es el sistema cultural en que se inscribe, así como su mediación, diseminación y recepción social? ¿El género funciona de forma idéntica en contextos históricos diferentes? La autora confronta este problema al recurrir, como otros críticos, no a una perspectiva analógica, sino genealógica al proponerse identificar "las huellas del sistema colonial" en crónicas sobre las periferias actuales y, de manera implícita, comprender cómo el presente se construyó discursivamente a partir del pasado, esto es, por "el origen de los procesos" (30).

Este cometido hace suya la propuesta bidireccional de Rolena Adorno en *The Polemics of Possession in Spanish American Narrative* de leer hacia atrás y hacia adelante, y viceversa, como una manera de enriquecer mutuamente la lectura de textos coloniales y contemporáneos (178). Por ende, más que a causalidades se hace referencia en el libro a "conexiones y divergencias, continuidades y rupturas" (175). Por principio de cuentas, tres de estas continuidades tienen un peso decisivo en el estudio: la reflexión espacial que ha marcado toda la historia de Latinoamérica; la reproducción de estructuras y condiciones sociales, así como de

asimetrías de poder que datan de la colonia; y las varias funciones culturales de la crónica. Se haga referencia a paisajes y asentamientos, territorios o regiones, la reflexión espacial ha sido inherente a ella. Informa la vertiginosa colonización del continente y la fundación de ciudades, o sobre-fundación de éstas sobre las ruinas de asentamientos indígenas; moldea la concepción urbanística con su característica cuadrícula central como simbolización geométrica del corporativo monárquico, eclesiástico y administrativo respecto al civil; e influye en la conformación de los estados nacionales en la que lo espacial resulta también un tropo de la emergente estructura social poscolonial. Tan solo basta recordar la impronta del ensayismo decimonónico sobre lo latinoamericano como marcado, de origen, por mitografías espaciales que inscriben dinámicas conflictivas, tales como la épica dicotomía entre civilización y barbarie.

Según se infiere del análisis que hace la autora de lo bárbaro o salvaje en las crónicas coloniales, tales mitografías espacializan una jerarquía etnosocial como correlato de la naturalización de una nueva estructura socioeconómica y, a la vez, una estructura moral que perdurará más allá de la época colonial. De hecho, un elemento común a la mayoría de los relatos 'fundacionales' es su visión maniqueísta y esencialista de los habitantes originarios del continente. El propio subtítulo del libro, "marginalidad y colonialidad", ofrece una clave interpretativa en este sentido, pues el concepto del peruano Aníbal Quijano sugiere cómo se ha perpetuado una relación proporcional entre opresión y 'ex-centricidad' en el contexto poscolonial. Argumento al que se suman otros provenientes del poscolonialismo y del subalternismo latinoamericano, como parte del marco crítico del libro, para politizar el espacio en la medida en que los temas de la otredad y la cuestión étnica resultan indisociables de toda relación entre espacio y poder.

La construcción de la otredad es otro de los nexos entre las crónicas coloniales y las contemporáneas que la autora explora identificando ciertas características en común, en particular, una ambigüedad tanto hacia el "nuevo" territorio, en que se pone "énfasis en su naturaleza vacía y la dificultad de describirlo" (191), como hacia "la figura del aborigen primitivo" (172). Central a su análisis de los relatos de periferias se halla, pues, lo que identifica como una "retórica de la ambivalencia". En efecto, a través de los artilugios retóricos de las crónicas, las regiones "no civilizadas" se convirtieron en fuente de fascinación y maravilla, siendo absorbidas por un imaginario imperial, al mismo tiempo que se denotaba la "insuficiencia de los códigos simbólicos" en la descripción de los entornos físicos y sociales que los europeos encontraban. Son espacios por conquistar en los cuales se acentúa una construcción ética que, naturalmente, se extiende a sus habitantes. La supuesta insuficiencia

moral de éstos justifica, para propósitos ideológicos, su arbitraria ubicación en un rango que va de lo diabólico a lo "casi humano" (81). Así, el traspaso de horizontes físicos implica siempre un traspaso no solo cultural, sino también moral. Por ello, el discurso imperial justifica como autodefensa toda agresión indígena deconstruyendo, de entrada, el hecho de que la penetración y el reclamo imperial de esos espacios serían la primera agresión. En el otro extremo de ese mismo rango ideológico operan los discursos redentorios que señalan la potencialidad de dichos habitantes de ser sujetos de vasallaje y aculturación. El discurso lascasiano constituiría el mejor ejemplo de ello.

En torno a la representación de periferias en los siglos XX y XXI, la autora nos recuerda que la historia reciente de la crónica es mucho más rica que la que la circunscribe a lo urbano. Propone, asimismo, que la otredad continúa siendo uno de los temas recurrentes. Si la construcción de los márgenes coloniales tenía como destinatario el poder, siendo descritos como territorios difusos, en el fondo "lábil y útiles a la lógica imperial", la narración que se disemina por la esfera pública globalizada, como suplemento del regionalismo y neorregionalismo literarios en la descripción de geografías físicas y humanas, sugiere al lector actual la experiencia de límites geográficos, culturales y sociales. Ahora bien, como queda de manifiesto en el análisis de la narración de Martín Caparrós de la periferia argentina, esa exploración espacial de los márgenes no puede hacerse ya sin un mínimo de autorreflexividad.

Es este capítulo, que contiene también brevísimas referencias a Roberto Arlt, Mempo Giardinelli y Héctor Tizón, donde mejor se manifiesta la propuesta bidireccional del estudio y donde el libro ofrece su contribución más original. Si *El interior: la primera Argentina* (2006) alude al archivo de las crónicas coloniales, no se trata de una imitación, ni estrictamente de su superación o desconstrucción por medio de la ironía o la parodia. De hecho, la autora constata la persistencia del legado colonial en el texto, con todo y la declarada preocupación de Caparrós respecto a la problemática representacional de su relato y su insatisfacción con la interpretación de la voz del Otro. Aún así, dicha voz, argumenta la autora, no se transcribe, ni se deja libre de edición: "se podría conjeturar que le gusta jugar [a Caparrós] con los estereotipos y confirmarlos en algunos casos para demostrar que son omnipresentes y casi inevitables" (186).

Cabría observar que, dado que la construcción discursiva de la noción de 'periferia' es el objetivo principal del libro, convendría replantearse los presupuestos conceptuales sobre los cuales la misma enunciación de esa noción se halla lastrada, al denotar una perspectiva centralista en una dicotomía 'inevitablemente' jerarquizada. Por sobre la desconstrucción derridiana a que se hace referencia en este punto, las propias ciencias sociales, en esa perspectiva interdisciplinaria mencionada al principio, podrían aportar elementos empíricos

para repensar de qué manera las dicotomías se reproducen por todo el cuerpo social y cómo la marginalidad no está solo en los márgenes, sino también en el centro como un punto ciego de las mismas. En suma, el libro nos obliga a repensar, y éste es uno de sus méritos, las problemáticas discursivas inherentes a cómo hablar del espacio y la relación de éste con la historia y con el presente.